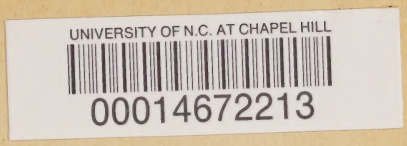
PQ8097
.V266
P3
1929
c.1

The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
Guillermo Brown



This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY,** and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

OCT 11 2011

AUG 10 2012

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/paisblancoynegro00vall

ROSAMEL DEL VALLE

PAIS BLANCO Y NEGRO

EDICIONES ANDE

PAIS BLANCO Y NEGRO

DEL MISMO AUTOR

MIRADOR, poemas 1926.

POR PUBLICAR:

ESTACION DE LOS PECES, poemas.

ROSAMEL DEL VALLE

PQ8097
.V266
P3
1929
PAM
C

PAIS BLANCO Y NEGRO

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

EDICIONES "ANDE"
SANTIAGO DE CHILE
1929

The Library
The University of North Carolina
Chapel Hill

Inscripción N.º 1432
Es propiedad
Ediciones "ANDE"

Library, Univ. of
North Carolina

En primer lugar, qué sentido tienen mis ojos. Suponiendo que irremediablemente esto tuviera que suceder al ahogarse la tarde, yo tendría que hablar o contar todo desde la habitación del sentimiento. Pero, aunque no se ha agotado la producción universal de suspiros, me parece que puedo desertar fusil al hombro de tales vicios. Muerte al suspiro.

Mi habitación tiene altos muros y aquí no proclamo ninguna consistencia, ningún color especializado. Afuera el cielo corre

427867

velozmente. Me gusta ver pasar los peces que caen de los árboles. Pero la piel tibia de las palabras se estira con cuidado, pues la noción no aparece siempre en cada discurso. Y no es que yo tenga que hablar de hechos precisos, de sucesos de gran estatura. Vive en mí lo mágico. Ojo que no se sobresalta, ojo perdido. Mi sobresalto no tiene huella de lo pequeño o lo grandioso. Tiembla mi pupila. Es cosa diferente. Y en todos los ojos una luz se ahoga.

Me rodean cosas y sucesos pequeños. Mis ojos transforman estas cosas y estos sucesos sin el sentido que representan. Y es que mis ojos viven en su labor de sorpresa libre y sin derrota. A veces existe lo mágico vivo como una lengua. Es la realidad con escamas, la realidad bandolera con su piel distinta. Pero, retened

las cosas con todo lo mágico que contengan, guardad la magia que palpite en sus venas. Sé que eso es inútil, porque este juego se alimenta de inesperadas transformaciones. No puedo permitir que la realidad permanezca frente a mí con su rostro de prisionera o de ahogada. Veo el fuego de su cuello, el vapor de su boca perpleja y poco dueña de sí misma. Veo la voz que le crece, lo maravilloso como un signo, el grito de su desfallecimiento. Y la tomo en el acto. Y para qué existen entonces los elementos. Por qué a veces vive el arco iris en los bosques del cielo. Para qué estalla el color de la rosa y tira de su rama. Para qué aparece la estrella suelta como una hoja. Para qué crece el corazón en el sueño. Y el viento de qué manera impone su presencia. Y para qué voy a gritar

estas cosas que se transforman sin un ruido. Si la máquina estalla es porque respira demasiado fuerte. Ley de su necesidad. Pero el hombre que guarda su paciencia de transformador de elementos entre sus propias selvas, entre sus caminos vegetales, en el vasto país de su memoria, de qué modo justifica el ruido que ahogan sus palabras, sus poemas, el sonido de sus menores gestos. De qué modo y para qué.

Al frente tengo una lámpara. Un ojo fijo, una lengua descolorida si fuera de día. Por ahora duerme. Con toda sencillez puedo penetrar su frío sueño. Puedo llamar en su país de peces ahogados. Puedo tenderme a la sombra de su presencia. Entonces viven las palabras en mi memoria. Vuelven los anchos planos de lo mágico. Y de ninguna manera estos

hechos aparecen como un simple encadenamiento de cosas sucesivas a las que haya que darles una interpretación. O bien, aunque ese no sea mi asunto, se la podéis dar a gusto. Yo no lo discuto, aunque eso no es lo que digo. No es un encadenamiento rudimentario y presto a desinflarse en la espada del análisis. No es la sucesión de un monólogo largo tiempo alimentado y de repente sin apoyo firme. Hay que dar vuelta el ojo perverso, el ojo ciudadano y bien vestido que nada descubre. Para lo demás, lo demás.

Como contorno de lo mágico el prestigio invisible de los fantasmas. El pálido Sherlock Holmes del corazón transfigurado, índice de los océanos sin resplandor. De ninguna manera la aventura,

sino la noche despoblada. La noche con un solo ojo y un sonido de violín.

Cerrad de repente la habitación y la vida se desinfla. Los muros a veces muy altos construyen una idea fija que demora en perecer. Golpear el sentido de un Fantomas por ese lado, sería inútil. Es una lámpara verde que gira de mil maneras como un trompo. En tan curiosa circunstancia el corazón se aferra a su nido y no grita. Sostenido por unas pocas columnas vivas, su sentido desfallece entre la realidad que pierde y la que descubre. Imposible que busque un sistema fantasmal para la interpretación de sus vacilaciones ante la nueva y súbita presencia.

Por un lado un mundo vivo y uno mucho más vivo por el otro. Por un lado un mundo muerto y otro mucho más

muerto por el otro. No hay tiempo para pensar en un estilo de la vacilación. Ordenar la interpretación de esta repentina circunstancia, sería un juego fantástico y sin objeto. Y cómo alcanzar a moldear el rostro de esta realidad. Entonces las palabras recobran su vida sin obstáculos. Ondean los trigos ocultos, suena el agua subterránea y aparecen los únicos coros de ángeles posibles. He aquí lo que, con mayor elasticidad, pudiera ser una interpretación de poesía.

Pero el hombre inventa cada vez la actitud necesaria. Gruesos son los muros. Rompiendo la sombra, una lámpara. No anda a su alrededor voz alguna, ni pie alguno se clava en las alfombras, ni ojo humano atraviesa con su telaraña el vacío. Hablemos ahora. En primer lugar una flor helada sobre mi cabeza. Su piel se

filtra en agua nocturna. Tengo la cabeza débil y rota como el arco iris. Aparecen grandes ríos de aguas azules, de aguas vivas que reman en sueños. Mi frente pesa y envejece, mientras las pestañas se me caen desde lo alto con estrépito. Luego el ojo avizor de los bandoleros sobre la llanura. Pero ellos descanzan a la sombra de su corazón en sobresalto. Prenderlos, sería fácil. Mas, cómo los ojos se me acercan al corazón y cómo ahogan su vértigo. Es cierto que el alma alimenta golondrinas, mientras gira y gira sin sentido. Ella detiene el golpe repentino y la sospecha y en su sombra brillante cabe el peso del mundo. Nada más, amigos. El corazón es lo primero que se desinfla en la muerte y apenas si se queda un instante vibrando sobre el cabello de las arenas. Sobre este suceso

el vacío permanece como si por sus cejas hubiera intentado pasar el viento.

Veo, entonces, la absoluta libertad de los objetos y los elementos. La habitación, despoblada o no, guarda una presencia muy distinta a la realidad de las cosas, muy distinta a lo que no es sino la aparente realidad de las cosas. Veo la vacilación o la entrega del hombre con su corazón de niño o de ladrón. Veo los elementos desencadenándose y obrando por su cuenta en lo fantástico. Un rostro con un ojo en la sien y el otro adonde debe estar para satisfacer la realidad. Una mano que palpita y un corazón que aprieta los puños al asesino. Una vida inmóvil y una muerte deslizándose entre vapores y lenguas.

He aquí ahora que se adelanta un paso al borde de la noche. Van a llamar a la

puerta. La puerta tiene un ojo por donde todo se escurre. Primero una mariposa blanda y alegre en su color, el vuelco del corazón en sueños y la espada que corta las cejas con su brillo. Después el descubrimiento precioso, el hallazgo marino, la luna oceánica. La alegría crece y arde en la garganta y las sienes. Tiembla el vacío. Y de nuevo la realidad, ahora, maravilla.

Son cosas simples, cosas de hombres de soledad, y de poemas, por ejemplo, que no siente ningún asombro por las almas aparecidas, la luz que parece leche y el trueno de miel. Son cosas que siempre ha tenido al alcance de la mano. El buzo adivina la perla y de todas maneras el mar se ahoga. Pequeño tesoro y elemento sin nombre y repentino. Ahora yo digo que nos entendemos y que andamos

a inesperados vaivenes. Es decir, yo ando a zancadas paralelas al viento. Yo soy el hombre que aparece en las esquinas oscuras de los periódicos. Habéis visto mi fotografía con un solo ojo. Yo os traigo el espanto de una habitación despoblada, especial para un crimen.

Como una vieja melodía viene desenrrollándose el viento. Toca un árbol de blanda cabellera y parece estallar de súbito. Lo ahuyento en círculo alrededor de esta rosa que se abre. Es una rosa recién nacida que se mueve sobre su rama como un suspiro. Pero el viento gira en brusca melodía de guerra. A veces su cuerno silba como una bala.

Pero el fuerte danzarín busca lo débil para su reposo. Qué bien dormiría sobre la lengua de esta rosa abierta de sorpresa

por alientos desconocidos. Qué bien correría su vieja música de cascadas. Veo su sonrisa cortada a trozos y sus pies trepando el vacío.

El corazón se me dobla de infinitos olvidos. Almirante de escuadras y mares invisibles, de qué manera se duerme entre el sonido de las olas. Y adentro la dulce violencia de todas las tempestades. En el centro de los océanos como una mano náufraga. Y en lo alto las ondas de oro de las nubes. Conozco este perfume. Lo he llevado días y noches sobre la cabeza. Lo he mecido como el recuerdo de alguna de las mujeres que he perdido. Lo he alimentado de ágiles relámpagos y flores polares más bellas que la lluvia. Y de repente aparecen estas cosas que nunca he perdido. Ya una vez mi corazón

admiraba la piel de estas zonas sin edad donde los ecos han buscado refugio.

Pero el viento me ha sido de alguna manera extraño desde la infancia. Lo he visto correr al lento compás de mis primeros pasos y mis primeras palabras de sorpresa. Imaginad el árbol visto por la primera vez, el primer árbol del mundo visto por la primera vez. El primer árbol y el primer pájaro. El primer pájaro y la primera nube. La primera nube y la primera lluvia. La primera lluvia y el primer arco iris. El primer arco iris y el primer cielo azul. Y todo esto — y otras maravillas más, hoy catalogadas — en la primera mirada hacia el mundo. Y luego el gran viento cimbrando su perfume de olas invisibles. No recuerdo que alguna vez yo haya perdido estas cosas, pero cómo vuelvo a mirarlas, a sentirlas, a in-

terpretarlas como en mi primer encuentro con ellas. El tiempo ha pasado sobre mi cabeza con su cola de pez demasiado vivo. Pero me regocija volverme del revés y abrir los ojos hacia lo que, si no lo he perdido, por lo menos corre a mi lado con otra estatura.

Y he aquí el primer árbol solo y verde de sueño rompiendo el cielo. Los suspiros náufragos de mis venas suben por sus ramas como lagartos. Son mis pupilas las que alimentan su sueño. Mientras que sobre su cabeza brilla el canto de los pájaros.

Pero una mirada mía fué la primera fábula que oyeron sus hojas.

Y luego que el árbol, la nube, la lluvia, el océano, etc., no han sido nunca tristes. Nunca su presencia se asemejó a las cascadas que caen de los ojos del hom-

bre. El quiso adherirle su aliento de tristeza y desamparo para asemejarlos de alguna manera a la debilidad de su corazón envejecido. Imaginad la tristeza de esta clase de hombre adherida a la alegría del viento o de la ola, por ejemplo. O si existe el hombre que toma lo natural para inventarse una magia de acuerdo con su noción de artista, hablemos entonces de un nuevo mago que no se siente derrotado por los elementos, sino tan fuerte como ellos y como ellos lleno de maravilla.

¿Por qué de lo natural habría que hacer lo natural? Ya sabéis esto: lo natural en la vida no es del mismo modo lo natural en el arte. Y lo demás. Pero el cielo libre de la noción se ahoga si necesa-

riamente tenéis que serviros de esta fórmula. Y al revés. Por mi parte, prefiero creer en la absoluta ineficacia de todo específico.

Se prohiben las mistificaciones. De todas maneras, me gusta jugar con esta larga cabellera que me ahoga. Su espuma crece en llamas demasiado blancas. Brilla y suena de tal modo que ahuyenta los mínimos silencios. Yo vivo y me alimento de pequeños relámpagos y de estrellas que emigran. Porque existe la necesidad de amar algunas cosas, de entusiasmarse en poesía de ondas que se expanden y se precipitan. Hay necesidad de hacer bailar la vida entre dos anillos que giren en sentido inverso. Largo tiempo me he estado dando este espec-

táculo que no se guía por ningún método y que carece de una explicación especial. Tiene en sí algo de maravilla, acaso mucho de mágico. El prestidigitador es demasiado serio y tiene una noción mecánica. Conocéis el prestidigitador. Pero este espectáculo aparece de súbito y sólo se puede seguir como al arco iris.

No sé cómo se pueda llamar a una cosa que reúna en sí a todos los colores a la vez. (Sabéis que las palabras están clasificadas y que todo está clasificado. De tal modo es inteligente a veces el hombre). Yo he tenido entre los dedos este eco. Como una sortija brillaba su ojo. A su lado era posible sentir la onda del misterio y las otras pequeñas ondas que han sido creadas a soplos. Sentir un cansancio a los párpados parecido apenas al sueño, pero un cansancio sin fati-

ga, sin ebriedad, sin tumulto y luego muchas hojas brillantes moviéndose como pequeños peces sobre la piel del viento.

Me parece que en alguna parte el agua corre con su vidrio líquido. La sigo sin gran esfuerzo porque el corazón se desinfla al borde del agua. El corazón: he ahí un enemigo, pequeño dragón para quién aún no ha aparecido el ángel. Dulce pez que se ahoga con el peso de sus innumerables escamas. Hacia este mito quiero arrastraros con mi mejor sentido. Lo tomo en las manos y supongo que no hay otro relámpago más rápido. Yo lo he tenido otras veces tan vivo y no cantaba. Lo he visto florecer como la electricidad. Pero es el del corazón que yo hablo y no de su aspecto de piedra filosofal que lo empequeñece o lo agranda, de tal modo que llega a ser un resorte

fisiológico un poco olvidado. Entonces me acuerdo del corazón de Poe, del pálido corazón de Poe y del corazón demasiado inútil de Napoleón.

Este enemigo vuestro está bajo mi vista como una bebida largo tiempo sin beber, bebida que es idéntica a esa agua con que se intenta apagar la sed en los sueños. Admiro su correr de ola bajo buen tiempo. Florece. Y bien, florecer qué significa. Hay un gran misterio en esto que me lleva en un lento vaivén hacia una nueva profundidad, hacia una palabra que se me ha extraviado durante largo tiempo. Se trata, pues, de una palabra parecida a esas islas que olvidaron los geógrafos. Tiembla, ola de verde cabellera.

Tomad las armas. Y para qué si la débil flor apenas se abre y no suena más

que la miel. Para qué si dentro del cuerpo es un pájaro enredado. Yo lo he visto caerse de sueño sobre mí mismo. Temblaba su pie en marcha por el otro lado, por el lado blanco y negro del sueño. Pero yo amo los mitos. Amo el corazón, vuestro enemigo de Paraíso o de Infierno. Si su vida se agita, peor para él. Si danza en la alegría con su única ala, mejor. Los dos no somos una misma cosa, sino dos cosas paralelas. A ninguno de los dos pertenece el imán que nos atrae a cierta distancia, sino al mito. Yo veo el corazón que te fatiga. Lo veo con su corona de hombre demasiado grande o de ojo demasiado fijo. Lo oigo gritar como esos pobres Generales de las batallas.

Pero una mañana conocí a una mujer de veinte años. Primero me asombré un poco. Después, pensando, dando vueltas alrededor de mí mismo, recordé que yo había visto esos ojos en uno de los paseos que hago durante el sueño: Esa vez todo se limitó a una curiosa persecución que nada explicaba. Ella ponía un vaivén casi invisible en el paso y yo la seguía sin cesar. Recuerdo que de repente ambos volvimos el rostro hacia un mismo lado de la calle por donde huía un ruido de campanas. Pero con el ruido desapa-

recieron las calles y la ciudad fué haciéndose borrosa, hasta quedar persiguiéndonos entre un bosque de grandes árboles brillantes. Sentí un súbito cansancio y me detuve cerrando los ojos. Al volver a mirar a mi alrededor ella había desaparecido.

Así, esa mañana paseaba yo por el Cerro Santa Lucía cuando algo me hizo volver la cara, algo como una llama encendida de súbito o como el pie casi imperceptible de un ruido. Se trataba, pues, de la misma mujer de veinte años de quién me extravié en la curiosa circunstancia de un sueño. Inmediatamente nos saludamos como antiguos amigos, como si nos hubiéramos conocido ya alguna vez y luego separado por algún tiempo. Recuerdo que ella, mirando el ramaje de los grandes árboles que dan a la balaustrada

de la terraza Caupolicán, me contó cómo una vez se le hizo la noche en un bosque del sur. "Entonces conocí el miedo", me dijo. "Lo he llevado largo tiempo entre mis venas". He ahí de sorpresa y casi desarmado ante lo inverosímil. Noté que todo nos había empujado uno hacia el otro y que este **todo** contenía extrañas ondas de lo vago, de lo lejano o inalcanzable. Admiré la dura turbación de los ojos de mi amiga, adivinando la necesidad de su alma, es decir, comprendiendo que sobre ella — como sobre mí, siempre — había una cosa, un suceso que vivía en ella imponiéndose, o una angustia largo tiempo encarcelada. Sus hermosos ojos, ojos sin color especial, parecían preguntarme: ¿Conoce Ud. el miedo? Varios segundos estuve mirándola con mi ojo un poco especializado y sorpresivo.

Observé que ella mantenía el rostro casi fijamente vuelto hacia los árboles y que a veces se le ensombrecía con el ala de un pensamiento casi invisible.

Parece que ella se dió cuenta del interés que en mí despertaba ese suceso. Seguimos paseándonos y hablando a veces. Un poco más adelante, afirmados en la baranda de fierro de una de las escalinatas que dan al plan, ella me relató en débiles palabras de qué manera conoció la presencia del miedo. Creo recordar ese relato. Una tarde, más bien en pleno crepúsculo, ella y su único hermano salieron de excursión a caballo. Los grandes bosques del sur estaban atentos en su misterio, desbordantes de extraños ruidos y fríos sobresaltos. En una encrucijada de senderos se extraviaron sin saber cómo. Venía la noche. No había más que galo-

par sin rumbo definido a través del bosque. A los pocos minutos a ella le pareció encontrarse entre las calles de una ciudad más o menos como Santiago. Iba ahora a pie y al volver el rostro en una esquina notó que un hombre la seguía. Apuró el paso. Luego, en un extraño impulso, entró a una tienda de sombreros, pero nada logró interesarla y salió. El hombre la seguía aún. Más allá se detuvo en la vitrina de una joyería. Allí había un anillo con una esmeralda. Sintió una punzada en los ojos y cayó ahí mismo presa de un sueño invencible. No supo contarme más. Pero recuerda que no se explicaba muy bien todo eso aún una hora después, cuando se encontró recostada en su propio lecho. A su lado la cara un poco triste del hermano era como una gran sombra. Al terminar, agregó

estas palabras: "De esto hace tiempo. Se lo he contado porque usted tiene el mismo rostro y los mismos ojos del hombre que entonces me seguía".

Durante mucho tiempo nos veíamos día a día. A través de sus ojos entré de nuevo a la ciudad, por cuyas calles me aburría antes largamente. Me interesaban sus palabras, sus menores gestos, todo tan confundido entre la realidad y el sueño. A veces yo procuraba hablar mucho y seguido, por temor a que ella tomara la conversación por su cuenta. Otras veces me sentía obligado a enmudecer, tal era su voluntad a través de una mirada o un gesto. Puedo decir que esta mujer contaba con una rica memoria. Es decir, con un país de hechos extraños y de extrañas videncias, lo que le permitía evocar un suceso íntimo ante la presen-

cia de cada cosa y aún ante cosas que no siempre tenían presencia. Siempre me pareció verla caminar con un pie en lo sucedido y el otro en lo que acaso podría suceder o en lo que, más bien, tendría que suceder. Y todo dentro un plano parecido a su memoria convulsa.

Recuerdo que su vida entera no era más que un constante automatismo. Digo esto porque a veces se presentaba ante mí un poco triste y arrepentida. ¿Arrepentida? ¿De qué? De **todo,** decía. "Lo que le conté ayer, no todo me parece que es cierto. Hoy casi estoy en condiciones de manifestarle que no me crea todo lo que le digo. ¿Perderé algo de su estimación por esto?". Pero luego se tranquilizaba. Hasta se sonreía un poco para repetirme: "A su lado yo me siento muy bien". O bien: "Me parecía que no lo iba

a ver hoy, o nunca. Eso me habría causado una gran angustia".

Un día me comunicó que se preparaba para un viaje. Imposible que yo pudiera notar en ella si eso le causaba un placer o un disgusto. "Me voy a Valparaíso" me dijo: "Durante dos o tres noches la necesidad de ir a alguna parte no me deja. Quiero estar allá hoy mismo". Confieso que eso me causó cierta angustia. No sé qué clase de angustia. ¿Es que yo la amaba? El asunto es que su sombra se erguía de alguna manera junto a la mía. Creí ver hasta un mismo ritmo, un mismo deseo. Allí mismo adiviné los sueños subsiguientes, los que, desde esa misma noche, se cumplieron con fidelidad. Los días me eran un poco extraños, poco parecidos a los de antes. Con frecuencia me invadía la angustia. Algo que ella

había dejado tras su recuerdo o algo que obraba inconscientemente decapitaba mis mejores horas. Pasaron entre tanto tres o cuatro días. Al quinto tuve un sueño en que aparecía el mar y el agua era amarilla. Hacía frío. Yo tenía que partir hacia un puerto no muy lejano, creo que Colón, pero se apoderó de mí un gran miedo y me quedé en tierra. Al sexto día recibí carta de ella. Decía: "Son las once de la noche. No me siento bien. Usted, mi gran amigo R, está siempre a mi lado, pero creo que su rostro no es el mismo. Hace frío y me parece que el mar — que está echado ahí al frente — tiene un color amarillo".

Dos días más se sucedieron y cada uno tuvo exactamente la misma angustia. Al tercero, caminaba yo por una calle llena de acacias, cuando me pareció ver que

mi amiga doblaba la esquina sub-siguiente. Me apresuré un poco. Muchas mujeres caminaban o se deslizaban sobre la acera y en diverso sentido. Muchas, pero no ella. Me fué imposible rechazar la idea de su regreso. Esto me hizo sufrir. Hasta que me volví con cierta prisa a casa. Efectivamente allí estaba ella, un poco triste, esperándome.

Ese mismo día reanudamos nuestros largos paseos y conversaciones. Debo confesar que me preocupó hondamente un poco de tristeza que ensombrecía sus gestos, aunque no sus palabras. Imaginé cien cosas distintas. Pero ella adivinaba mis turbaciones y destruía al pronto toda conjetura. Yo no tenía más que dejarme llevar por su presencia. Al día siguiente, nueva revelación de su posible dominante: el automatismo. "Estoy des-

esperada", decía, "Casi no puedo estar sin usted". Yo sabía de qué manera quería ella hacerse entender. Mis mejores palabras la tranquilizaban y luego parecía alegrarse un poco. Por la noche me pareció ver en ella una mujer absolutamente parecida a las demás. Del principio eso me sorprendió, pero opté por estarme tranquilo. Cenamos juntos. Luego estuvo en mi cuarto toda la noche y me dijo que se sentía feliz por todo.

Por la tarde la busqué incesantemente por todos los lugares que a ella le gustaba frecuentar. Nada. Volví a mi cuarto. Salí de nuevo. Y así hasta el alba.

Sin el ojo de lo inverosímil ni siquiera es posible una poesía ni, por otro lado, la razón de una existencia. Y luego el fuego fatuo de la sorpresa, la ola irregular que me colorea las venas cada día. Por lo demás, es a la sorpresa que tiende el destino del hombre demasiado animado entre sus propios asuntos. Suponed una noche de total silencio, una de esas noches en que la luz de la lámpara es el único ruido posible. Los objetos, las paredes y hasta el piso viven su pesado volumen de sueño o de cansancio. Pero el

espíritu tan vivo y receloso que en nosotros es como el ángel arrojado del Paraíso, vive en perpetuo acecho. Para él hay un dedo un poco negro y un poco tembloroso que está a punto de posarse sobre el botón del timbre. Para él jamás falta la huella de los fantasmas en lo alto de las escalas o en el cuarto despoblado. El ha visto correr un pie sobre la alfombra. El ha sorprendido el ojo oculto que se desliza de una pieza a otra y cuyas cejas brillantes buscan el hueco de las cerraduras. El ha oído huir al ladrón sin linterna, al ladrón un poco identificado con Fantomas y la sombra. Para él hay un misterio en cada párpado, en cada boca, en cada bolsillo. ¿Una conspiración? ¿Un revólver? Es posible. La noche corre como un río o como un sueño y de repente algo puede estallar. Es la desesperación

del pequeño gnomo que en alguna parte y de alguna manera aguarda la sorpresa.

Y no sólo la sorpresa como un hecho súbito. En pleno día es posible que ella me extremezca desde una mirada de mujer vista de repente. Hablo de ese movimiento rápido, inconsciente, de esa turbación que cruje, de esa pequeña aguja helada que florece sin pensarlo sobre la piel. Es fácil, en este sentido, que la sorpresa posea ya su noción si se trata de la inesperada presencia de una mujer. Pero ahora se trata de seguir las huellas invisibles, el temblor que se anticipa a mi ojo policía. Porque hay una llama que corre a lo largo de los párpados, una llama que me cierra todas las salidas. Cómo levantar un dedo sin que aparezca un calor de fantasmas o el ruido que hacen estas ocho letras al juntarse: ANGUSTIA.

Hay ya en eso una señal opresora, una luz caída de repente. Entonces es muy posible que me asalten los ecos de la radio o cualquiera otra onda de pies invisibles. Pero las torres, cada vez un poco más altas, invaden el cielo y la noche de tal manera que mi ojo nocturno puede leer en lo alto:

M
E
M
MEMORIA
R
I
A

Pero no es bueno caminar de este modo cuando el corazón, un poco extraviado siempre, sacude su sueño de pesadas plumas o palidece como un presidario. Suya es la desesperación. Le pertenece

de un modo siempre absoluto, le crece como una larga llama o como una piedra. Pero al borde de un tiempo sin prisa, casi detenido, nadan extrañas vacilaciones y duros temores cuyo roce resuena en los oídos y en los mínimos pensamientos. Puede ser esto una presencia. Acaso la presencia de la angustia. ¿Qué angustia? La angustia en sí misma, un poco extraviada, un poco resucitada a medias alrededor de mí mismo.

Entonces, detrás de cada ventana con luz o sin luz hay una angustia. Las torres demasiado altas oyen y ven el pez que se ahoga en cada corazón cuando la ciudad se enfría en la red del sueño. La vieja espada de las iglesias o los monasterios se balancea ciega en el vacío. Es muy posible que millones de brazos estén clamando su amparo. Las ondas de socorro

se cruzan y brillan a veces. Siento el pavor de los monjes o los penados o de los niños que están naciendo. Pero las ondas relampaguean detrás de las altas torres y yo mismo no entiendo bien ese lenguaje, el S. O. S. de todos los seres y todos los tiempos. Yo mismo sólo puedo distinguir que todo duerme. Y bien, qué sueño es éste. Porque este sueño está lleno de lenguas o de ecos inverosímiles que suben desde un lado o desde todos los lados de la noche. Hay, pues, una zona de extraños vapores.

Entonces yo puedo detenerme en un punto a interrogar a las sombras que se evaden. Quiero ver el brillo de sus párpados, el dolor o el suspiro de su boca y, más que todo, conocer la sorpresa que me guardan sus palabras. Me es difícil. Vacilo. Sobre la lengua me arde un

deseo o una angustia. Pero es muy posible que sobre la de ellas apenas viva la noche.

¿Y qué cosa es, al fin la angustia? En el polo opuesto hay otra cosa: el éxtasis. Entre estas dos orillas ha sangrado lo mejor de mi vida. Conozco el éxtasis. Durante largo tiempo me ha roto el alma con su espada de paz. Mi evasión ha sido igual a la del presidario: libre, a pleno cielo por fin, pero en mis oídos había un rumor sin muerte, el sordo rumor del ojo de los perseguidores. Evasión de uno mismo. Pero del mismo modo que en la angustia, este éxtasis no era más que una desesperación sin límites.

Amo este rumor parecido al fuego o a la piedra. Amo la angustia parecida a la flor que sangra o a la hoja que se precipita. La angustia del hombre que se

evade de sí mismo y que se desespera alrededor de una ausencia sin remedio. Pero apenas huye la sombra que rompe todas las amarras, es decir, mi propia sombra, cuando veo que, en cada estrella, en cada árbol o cada torre, brilla esta palabra que he conocido hace poco tiempo:

FUGA

Y luego el tropel de perseguidores, el acero vivo de las espadas y el viento un poco blanco y un poco lleno de caminos cerrados. La Vía Láctea atraviesa desde Los Andes hasta el Océano Pacífico y es como un puente de pequeñas llamas sobre un inmenso deseo, sobre una alegría o sobre una angustia.

Hay una sombra desesperada que lucha por no perecer o que desea imponerse en forma definitiva sobre tal o cual deseo o recuerdo. Es una cosa como un adiós de niño o aguja de fría angustia en párpado envejecido. Pero, no puede ser de otro modo. Bien está que el día traiga sus pies brillantes y una última estrella se apague sin ruido. La ilimitada zona de sombra o resplandores en que vivo no cesará por esto de agitarse hasta en el sueño. Conozco con anticipación el dolor o el placer de cada día. Co-

nozco las zonas de las sombras clarísimas o las despiadadas evasiones a través de los nuevos mitos. Llegar a esto significa estar a un paso de identificarse con la zona oscura de los presidiarios o los que se están muriendo. Me parece conocer la gran ola de sombra del condenado y la jaula que tiembla ahogándola. En el mismo plano sólo es posible hallar la red que brilla en la garganta cuando el cuerpo se invade de aguas desconocidas que sólo se pueden sentir correr a lo largo de las venas. El agua que desinfla el cuerpo de los moribundos y huye con los peces del corazón martirizado. En ambos casos existe ese símbolo un poco monstruoso que representa a una mujer con una balanza en las manos. Cierto es que siempre baja uno de los platillos, pero acaso no sea siempre el

de la justicia. Y esto en todos los casos constituye un homenaje al error irreparable y al alma un poco insatisfecha de los justicieros.

Se puede volver la vista alguna vez a los fuegos que cruzan la noche. Conozco los lamentos de sonido rojo y alto como las cornetas. Conozco el trío con su lengua de cal. Su flor es una aguja. Todos los hombres que tienen una realidad parecida a ésta podrían estrechar mi mano. Sólo así no es posible mirar la naturaleza sin un escalofrío. Si hay necesidad que haya una condición humana que sea ésta. Hay una gran cantidad de espectáculos a ras de los tiempos, pero sólo uno pende demasiado vivo sobre el vacío. Ahí está la llama que ondea en la garganta o el sueño que corre con sus aguas o el grito

que sube por las venas, como un hilo de sangre eléctrica.

Hay un soplo de magia sobre la espada del verdugo. No es un soplo propio, sino que emana del cuello de la víctima. He ahí la soledad del hombre que van a decapitar. El imán de su vida atrae, sin duda las ondas o los más viejos resplandores de barbarie. Otra vez el espanto de esa balanza que es uno de los signos del zodíaco bárbaro, signo mucho más horroroso que ese Capricornio que nos hiela el alma con sus patas de pequeño pulpo. De todas maneras, es muy posible que a veces el verdugo deje caer su cuchilla sobre el cuello fresco de una sombra.

Identificada con tal sentido de emociones y de pie frente a la aparición de nuevas angustias, la vida adquiere de

todos modos un doloroso prestigio de sombra evadida de alguna parte, de sombra violentada a veces en su propio círculo de atmósferas vagas. Así se puede vislumbrar los fuegos fatuos del sueño o la actividad convulsa de las zonas memoriales. Creo que por esto una tarde y en la Alameda de las Delicias, al mirar el monumento de los hermanos Amunátegui, no pensé en ellos sino en una escena que se me ocurrió de pronto y sin motivo inmediato. Inmediato, no. Pero, uno de mis ojos no vió, sin duda, el monumento, sino un gran letrero que había en lo alto de un kiosko:

VEA UD. AL COLOSO

EMIL JANNINGS

EN

"....."

No recuerdo el nombre de la película, pues creo que no logró interesarme. Pero el hombre que ví una vez en **Varieté,** el hombre pasional y de gran estatura hasta en el deseo, sonreía diabólicamente sobre el monumento. La tarde misma se llenó de cordeles, trapecios, bocinas, redes, en fin, todo ese menaje inverosímil y siempre nuevo de los circos . EMIL JANNINGS, Emil JANNINGS, EMIL Jannings y la pequeña mujer, la pequeña mujer de pasión que no he podido admirar nunca más y que era entre sus manos como un pequeño relámpago.

¿Qué tenía que ver el hombre del "gros plan" con mi primera intención hacia el monumento? Confieso que entonces una extraña angustia me condujo a curiosos pensamientos, mientras caminaba con cierto temor y desconfianza de mí

mismo y especialmente de mis huídas a lo largo de las cosas más insignificantes, aunque éstas estén a la espera de un soplo que las anime. También puede ser que uno verifique largas excursiones en este sentido, pero la voluntad apenas existe cuando aparecen los hechos más imprevistos, las situaciones más vagas que rompen el control de la memoria. Es la aguja de cada día, el presentimiento de cada minuto, emergiendo desde un ala de esta débil sombra nuestra. O bien, alguna vez esta etapa puede tener un fin desesperado: la memoria en persecución de sí misma.

Imagino el espanto de los seres que suelen encontrarse con lo que odian a muerte. Por ejemplo, no poder distinguir otra palabra entre mil, sino la que

les hiela las venas con su brillo de espada:

PERSECUCION

Imagino el frío de sus sienes, el frío de sus pies que desean alas. Porque no ha de ser del todo agradable ese sitio de cautividad — o de continuidad — que los reclama. Porque algo los reclama y ellos huyen como de una flor de pesado perfume. Es decir, es probable que ellos deseen un oasis de cualquier modo desamparado y libre para el delirio de sus sentidos, o, a lo más, no desean sino un sitio a pleno aire para ahuyentar sus posibles sombras de alguna manera exaltadas. Toda tentativa hacia una prisión involuntaria les desvía más pronto hacia el enloquecimiento o hacia los ca-

minos demasiado brillantes que siempre llevan hacia alguna zona desesperada. Casi siempre, por lo demás, y como cosa particular, admiro al hombre que de algún modo logra evadirse de sus cinco sentidos.

Siquiera esta libertad, ya que otra no es posible.

Admiro ese viejo Puente de las Pirámides que apenas vive cerca de la Estación del Norte. Y digo que apenas vive porque en realidad está allí un poco olvidado de sí mismo. El agua corre bajo su vientre con la memoria algo sucia y sin esperanza de belleza. Y es que admiro, además, la decrepitud del conocimiento, la senectud de las cosas destinadas especialmente para algo, así como se podría decir mirando al cielo de noche: el Puente de la Vía Láctea.

Aunque Santiago no puede demostrar

con exactitud un sentido de vejez, existe para ello el conocimiento. Es también muy probable que si en el cielo apareciera a veces las palabras: CIELO o ATMOSFERA, bastarían por sí solas para darnos la idea de una zona muy antigua, algo decrépita e involuntariamente vacía. Hay, pues, un conocimiento demasiado absurdo como, por ejemplo, en poesía o en cualquiera otra cosa paralela a ésta. Es el lado risible de esas gentes que enseñan "literatura" en los liceos o en los periódicos. Está bien que haya cosas como el conocimiento del conocimiento que es menos absurdo que decir: la muerte de la muerte. Pero en la memoria no viven las cosas del mismo modo que mueren en el conocimiento, donde es muy probable que impere lo concreto de un modo inverosímil. Como al admirar un

viejo puente no es necesario que sea por los enamorados que él haya visto pasar o por los suicidios o por los ladrones que de alguna manera huían un poco o mucho de sí mismos. No admirar las cosas por el conocimiento, por la noción. Así, siquiera, es posible señalar un deseo de hablar de las cosas.

Con seguridad que yo he estado alguna vez contemplando el sueño del Puente de las Pirámides, preocupado tal vez de una posible poesía de la ciudad. Lo he visto sorprendido en su zancada atrabiliaria. Pero durante este tiempo no me he vuelto a acordar de él de un modo preciso. No hay duda que tal visión ha estado trabajando su realidad en mi memoria y que ha tenido convulsas transfiguraciones. Su sueño en mí no ha podido ser de piedra. Algún aliento lo man-

tenía vivo y al margen de todo lo que desde entonces me ha sucedido. Es muy probable también que no todo le haya sido absolutamente extraño. Pero su realidad debía — ¿por qué? — adquirir un sentido de repente.

Yo me explico esto del siguiente modo: Hoy he mirado el cielo por una ventana que he encontrado abierta en mi casa. Estoy por confesar que yo no había visto antes esta ventana. Entonces me pareció ver correr el viento. Yo veía correr el viento. Pero este pensamiento me pesó demasiado y me lo oía repetir con algunas variaciones en el eco:

Yo veo correr el viento
Yo veo correr viento
Yo veo correr
Viento

Inmediatamente recordé que una vez al atravesar el Puente de las Pirámides me repetí una frase algo parecida con respecto al agua, frase entonces que era la noción, el conocimiento, la realidad "real" de una cosa: "Yo veo correr el agua". Establecida la gran diferencia entre una frase y otra, entre una realidad y la otra, veo que la noción me es inútil al menos cuando deseo expresar un pensamiento que, resumiendo mi entusiasmo o mi sorpresa, lo quiero cada vez más satisfactorio. ¿Es posible que una imagen cualquiera, explosión repentina, adquiera de inmediato el valor de expresión deseado?

Hay que pensar un poco — y ya se ha dicho tantas veces — en que nadie deja de imaginar que la muerte es blanca o que el misterio es negro o que la idea o

noticia de un crimen están siempre representadas de súbito por el color rojo.

De todas maneras me entusiasma el individuo — que sin ningún esfuerzo tiende a crearse de algún modo un sentido distinto con su propio lenguaje. Me entusiasma, además, su paciencia de fantasma ante el misterio de las cosas. Me gusta oir todo lo que él dice, porque de todas maneras eso expresa su deseo, su propósito, su inmediata impresión visual o emocional, casi siempre fuera del conocimiento.

¿Qué hace el hombre con sus propios fantasmas? Hay que identificarse un poco con ellos. No hay necesidad de crear un lenguaje más o menos absoluto, para eso existen planos de posibles paralelismos o encuentros. Es el prestigio inmenso que rodea al hombre lleno de sucesos

con repercusión hacia adentro. No hablo de la soledad, sino de una zona poblada de fantasmas que a veces alcanza una vastedad insospechada. Sólo en este plano es posible que uno distinga los pies del viento o el párpado fijo de la nube. Y posible, además, que en esta zona pueda uno hablarse a sí mismo con las palabras o los sonidos que el deseo contiene en su primera estructura, es decir, en el impulso o en el color con que salta de su plano oscuro a la vida.

A veces vivo un extraño suceso. Sobre mis menores gestos y entre las escasas palabras que me esfuerzo en pronunciar, brilla el imán de algo lejano o perdido. Vuelve a mí de nuevo la opresión involuntaria, la onda tibia de un acontecimiento que, aún por pequeño y descolorido, está sucediendo en alguna región de mí mismo. De algún modo sé de esos débiles espantos con que veo temblar una llama o pasar una hoja. No cabe duda que el único espanto posible pueda ser éste de que hablo.

A veces, por ejemplo, me siento implicado en el suceso que pueda desprenderse de una boca que se va abrir o de un rostro que se vuelve de repente sorprendiendo algo o sorprendiéndome. O también por lo que pueda suceder entre dos presencias: un hombre y una mujer o un niño y el cielo. Es decir, conozco el espanto de esa manera con que aparece de súbito un recuerdo. No sé qué pueda estallar entre una nube baja y un árbol, pero eso me causa un frío que, no siendo el del relámpago, me supone cómplice de un hecho parecido a una boda o a un crimen. Conozco esa risa que ilumina los rostros en los paseos públicos y ese modo de mirar de algunas personas que, no conociéndolas, es a mí y no a otro a quién llaman como en un naufragio. A veces estoy seguro de no mezclarme absolutamente en ningún suceso. Pero el

aire mismo, reflejándose sobre mi memoria, es un suceso de importancia e inevitable. Siento algo muy cercano a la asfixia, Un perfume sin rumbo y de pesado volumen, un rostro parecido a alguien que conozco o debo conocer, un niño demasiado vivo en su infancia llena de misterios, un sonido débil o un canto que pasa por algún lado y hacia alguna parte, adquieren involuntariamente una presencia de frío espanto.

Hay palabras que desearía guardar durante algún tiempo, tal es el acento y la vida con que tiemblan en mi boca. Cuando vuelvo a repetirlas ya han adquirido otro sonido, casi otra significación y se me deslizan con la debilidad de las pequeñas palabras que algunas personas pronuncian durante el sueño. Es cierto que no dejan de producirme una sen-

sación de herida antigua, de tragedia olvidada. Pero ya no, como antes, de espanto. Es una cosa casi idéntica a ese movimiento con que deseo evitar un paisaje o una fotografía que me atrae porque me agrada o me disgusta, pero que a veces no quiero mirar de ninguna manera. Sé de la fuerza con que obra el imán de estas presencias que me siguen o me desean, siguiéndolas, repeliéndolas o amándolas a la vez. En esto hay algo del soplo de espiga de los fantasmas, hay algo de ese frío con que las cosas inanimadas esperan que algún ojo las descubra o que alguna mano las toque para tomar forma de repente y moverse. O bien, algo de esas escalas de las casas de tres o cuatro pisos, por cuyos peldaños a veces sentimos resonar nuestros propios pasos. O algo de las alfombras

que en las habitaciones despobladas parecen apagar sus colores porque ningún pie las toca. O también el vacío de la ventana que da a un patio en cuyo centro la sombra se ha echado como un animal de sueño. Yo digo que hay también un gran misterio en esto. Una onda de pequeñas hélices vivas a cuyo impulso el hombre cede sin vacilar y a ojos cerrados.

Es bueno que diga ahora que no se trata de un elogio de las naturalezas muertas. Amo el movimiento. Pero más que todo es del principio del movimiento de que se trata. Una rueda que empieza a girar, un botón de timbre que al oprimirlo va a sonar a cierta distancia, un reloj que se echa a andar, una campana que, colgada como una gran fruta de sonidos, va a vaciarse. He ahí el débil

fantasma, el pequeño espanto para la piel de mi corazón: lo que va a moverse, lo que va a estallar o a reflejarse de súbito. Después, en adelante, es como si ya tal o cual cosa no existiera, pues entra de lleno en el ritmo de los hechos bajo una ley precisa, bajo un vaivén que ya no me causa ningún miedo.

Del mismo modo que ver dormir a una persona. Hay algo de grande y hermoso en eso. Por su rostro cruzan líneas de un ritmo asombroso, de una placidez de agua o de momia. Y todo dentro un plano de plasticidad casi absoluta. Luego hay un viento joven que ondea sobre las arrugas más imperceptibles. La boca ha palidecido un poco y uno piensa que en la línea de los labios no es posible que tiemble la desgracia. Pero ese cuerpo dormido va a despertar dentro un momento. ¿Hacia

qué lado abrirá los ojos? Yo he visto esto mil veces y otras tantas he podido estar en contacto con esa poesía tan fuera de la vida y del poema.

Es posible que haya belleza en una máquina a toda velocidad. No importa. Yo iría muy lejos sólo para ver cómo empieza a moverse en su gran impulso un poco espantable y desconocido.

Amo el incontenido impulso de estas cosas que me asedian cada día. A veces casi es una lucha entre ellas y mi voluntad hecha de vértigos cansados. ¿Por qué algo se cruza de repente en mi deseo? Si quiero salir a la calle y visitar de nuevo algunos lugares donde he sido feliz, es muy probable que todos mis pensamientos no tiendan hacia ese suceso recordado o a las varias situaciones que no quiero olvidar, sino, al contrario, gozar-

las un poco en la distancia a que ellas se han fugado o en que han perecido. Y sucede que olvido sin esfuerzo las ondas que vienen desde un cierto pasado que sin duda existe o debe existir, viejas ondas de inesperadas pasiones y dolores, pero que no por eso dejan de serme agradables. Olvido una alegría muerta que vuelve a mí como un imperioso deseo. Olvido hasta los lugares en que tales casos sucedieron e impulsado por secretas voluntades y nuevos deseos más fuertes y más imperiosos, equivoco el camino y me entrego al sonido de extraños paisajes o al sueño entre paseos inverosímiles. Es decir, que deseando evocar un acontecimiento sucedido, caigo en la suposición de acontecimientos que no me han sucedido y de los que no tengo ninguna seguridad que me sucedan.

¿Qué me impide volver sobre lo que yo deseo? No sé. ¿Tengo que suponer que todos los deseos tienen entre sí una relación absoluta? ¿Toda la emoción humana tiende hacia un deseo? ¿Y la emoción estética? De modo que si voy de paseo y me siento un poco ágil y alegre entre el viento que apenas corre o entre las personas que pasan junto a mí — y cada una con un gran suceso interior — será que he conseguido una parte de algún deseo. Y del mismo modo, si todo me disgusta o si sorprendo un gran dolor y me cansan los menores pasos. Confieso que hay también un gran espanto en este deseo que me lleva hacia zonas que desconozco, zonas que a veces me duele descubrir, de tal manera me son ajenas o sin importancia.

¿Y qué es lo que deseo? Si quiero ir

hacia una cosa y me extravío ¿es eso obra de otro deseo? Ahora, en el deseo estético, esto es tanto o más elástico. La belleza de las pesadillas, de los sueños entre animales o plantas monstruosas y aún las obras de arte creadas con elementos de esta especie, contienen una gran emoción estética. ¿Qué deseo produce o controla esta emoción? Tengo el corazón duro de presencias, iluminado de deseos que me llevan en un vaivén de mano en el vacío. A pesar de todo me contento con que extraños deseos vivan en mí, alimentándose de mi sombra. Con ellos va mi voluntad, mi mejor impulso. Amo cada vez más los hechos y las cosas absurdas en su presencia y en su calidad de cosas vivas en la realidad del sueño o de la memoria. Amo el viento que no se vé. Amo la noche y el día que

no tienen volumen. Amo la gran desgracia que aún no me ha sucedido. Lo demás no me interesa o es del tiempo.

Siento cierta alegría al darme cuenta que alguna vez he tenido un pensamiento que no he logrado traducir en palabras o interpretarlo en el temblor de una imagen, sino que lo he sentido vivir en una zona un poco distinta a la mía. Una de mis preferencias puede ser, por ejemplo, el juego de la luna con los campanarios. O bien esa luna demasiado grande y redonda que va en gran carrera a través de los copos de nubes. Un juego de súbita maravilla, sin duda. Por eso una vez casi me fué un sufrimiento pensar que alguna

cosa alrededor de ésto habría de entusiasmarme. Y he ahí que leo un día: "La aguja del campanario qué tenía que hacer con la luna". A Humberto Díaz Casanueva debo, desde luego, una pequeña satisfacción entre el aire convulso de mis horas.

Del mismo modo un día que un hombre delgado y pálido ponía un poco de curiosidad en torno a una mesa de restaurant. Sonreía de tal o cual modo, pongo por caso, y su afilada nariz subía hacia las cejas casi diagonales. Entonces pensé en un posible hombre en batalla con una poesía profunda y mágica, algo fuera de límite. Este es un recuerdo de dos días antes de conocer a Pablo Neruda, recuerdo de breve espacio y que, por lo demás, nunca he podido interpretar de modo satisfactorio.

O bien que sea también una manera de anticiparse a mi memoria y que ponía en juego mi amiga C. Por ejemplo, esa especie de introducción al tiempo que ella vivía en su pieza o en la mía antes de salir a la calle. Imposible que su traje o su sombrero desentonaran de alguna manera en que no fuera el tiempo el vencido. Cada vez que la veía llegar con un sombrero o un traje nuevos me era doloroso oir en cada boca-calle o por cualquier parte por donde íbamos, que era imposible que la tarde — por ejemplo — fuera tan bella si C. se hubiera puesto otro sombrero u otro traje. Y así, sucesivamente, cosas absurdas y demasiado insignificantes que en mí no podían tener un sentido serio o de importancia. Sin embargo, ella andaba como entre la tarde. Y yo oía crecer cerca de nos-

otros un largo y sonoro monólogo de entusiasmo que los transeuntes dejaban caer en el aire y que en mis oídos resonaba como un eco innumerables veces repetido. Confieso que, al poco tiempo de darme cuenta de esta situación de extraños fervores, huí de ella no sin cierta alegría.

Hay, pues, hechos que uno no interpreta a gusto y conciencia, pues no sorprende sino eso que se ha perdido más o menos de modo absoluto.

Para mí no sería ningún sacrificio que, al ser presentado a alguna persona tuviera que decirle: "Es una lástima pensar que yo tenga que asesinar a Ud. de alguna manera para verlo del revés o, de lo contrario, perderlo de vista para siempre". O bien: "Fulano, un admirador de los fantasmas". Aunque estos fantasmas sean pequeñas imágenes, pequeños sím-

bolos, débiles palabras o algunos objetos un poco brillantes que suelo encontrar en las encrucijadas del sueño. Y, por otro lado, la necesidad de servirme del recién conocido para los experimentos que no dejo de hacer ni con los espíritus que un amigo me presenta ciertos días de semana y a ciertas horas. Si yo soy el hombre oscuro de las calles, de los bares, de los tranvías o de los cines, es justo que mi ojo penetre en lo que hasta entonces vivía fuera de su vago espacio. Ya un poeta, Vicente Huidobro, se ha servido en alguna parte de una frase, dignificándola en lo posible: "LA BOLSA O LA VIDA". Acaso esto sea mi asunto en tales circunstancias.

Pero, el pensamiento secreto — absoluta personificación del policía — aparece tan de súbito, tan invisible en su prestigio de sonrisa o asombro hacia adentro, que

no me es posible admirarlo sino como a una bebida algo turbadora y brillante. Conozco esta bebida. Su gusto ha vivido al borde de mi lengua como una flor húmeda y un poco tardía. Con su esencia he apartado mis sentidos como un pastor sus ovejas. Sin ella ninguna sorpresa hubiera sido posible, ninguna esperanza se hubiera librado de naufragar en mi alma. Sobre los anchos vacíos de mi espíritu — tan cerca del fastidio — su perfume ha danzado como un pequeño océano de olas minúsculas. Yo hablo de una posible bebida, de un sueño, de un pensamiento que debo retener a flor de piel o hacerlo estallar. Yo hablo de una música un poco perdida en mis bosques, de un sonido de órgano o de ola, de un eco tan blanco como una esponja.

¿Es que en todo es posible una etapa? Como alrededor de una esfera mi memoria se dilata entre su propio alcohol, entre su gran sombra que tiene a veces algo de sueño sin término. Puede ser que sus preferencias no lleguen más allá de su órbita brillante, como también puede ser que se evada cada día hacia el océano de los ecos. Y es que, como un alcohol sin nombre, la pasión levantó en ella intensas llamaradas. Oigo los débiles lamentos, las risas de agudo filo. Veo los brazos demasiado brillantes de deseo o

de ruina. Admiro y llevo conmigo de alguna manera la mirada menos expresiva, el beso menos dulce, el abrazo menos sangriento. He ahí los únicos trofeos posibles. A veces este reflejo lo he compartido con alguna de mis mejores desesperanzas o con el mal pensamiento que alguna vez he debido tener. Es como si yo anduviera al encuentro de mis fantasmas, de mis derrotas, de mis desapariciones. ¿Para qué una etapa? ¿Y qué cosa es llegar a alguna parte con uno mismo a cuestas?

Pero he visto la desgracia tan cerca de mí que no he podido reconocerla. Desde entonces ya me ha sido posible ubicarla bajo todas sus capas, oirla suspirar como una flor de muerte al borde de cada alma. Así, por ejemplo, una mañana iba yo en tranvía y de súbito descubro a mi

lado a un hombre que me hizo concebir un curioso pensamiento. Creo que éste: "¿Qué conspiración lleva en sí el hombre que de repente y en cualquiera parte se sienta a nuestro lado?" Miré un poco a mi compañero. Noté que se movía con cierta agitación difícil de ocultar, al menos difícil de ocultar a mis ojos. Luego percibí un sonido de palabras confusas. Algo pude entender y eran grandes palabras de desgracia. El dolor le subía de pies a cabeza iluminándole las venas. Pero entre todas las palabras que lograba oirle sólo había una frase de innegables relieves: **"Ahora ya no tengo nada qué hacer".** "Qué significaba eso? Más adelante, algo le llamó la atención y su pensamiento y su mirada huyeron por la ventanilla hacia alguna parte. Miré, persiguiéndolos. En ese instante pasábamos por el costa-

do de una plaza. La mañana dejaba caer su pequeña escritura de oro sobre los árboles. Mi compañero sonrió de un modo que no he vuelto a ver, repitiendo hacia adentro: **"Ahora ya no tengo nada qué hacer".** ¿Nada qué hacer? Por primera vez tuve un pequeño temblor de naufragio, un helado espanto, temblor y espanto un poco distinto a otros que también, — pero de otro modo — han hecho vacilar mis sentidos. Un océano cada vez más grande desataba sus olas de súbito y tuve la idea de haber desaparecido o no ser sino un recuerdo. Un hombre que YA NO TIENE NADA QUE HACER... ¿Qué significaba eso? Quise descender en la esquina siguiente, pero no pude hacerlo. Mi voluntad entera rechazaba la idea de una fuga. Sin embargo la marea de mi compañero subía y subía agitando olas

de pensamientos, lenguas de desesperanza o espumas de rudo brillo. El no reparaba en mí, confundido en su abismo. Pero el imán de su desgracia me aprisionaba cada vez más uniéndome a un suceso completamente ajeno a mí, pero del que yo trataba en vano de libertarme. Más adelante aún, sus palabras se confundieron con algunas mías, de tal modo ese hombre me hacía entrar en su sombra. Luego eso fué ya una confusión y no era él sino yo el que repetía la frase espantable.

De repente una oleada de viento me hizo volver a la única realidad posible y logré separarme de tan funesto compañero. Lo ví descender con pasos vacilantes, con un cierto vaivén de condenado a muerte. Descendí casi siguiéndole, en vez de huirle. La única etapa de este hecho

fué un letrero que brillaba invitándome: "BAR CZAYA". Entré. Pedí cualquier alcohol y los mozos, mirándome a hurtadillas, casi compadecían mi gran desgracia. Porque ellos veían en mí al hombre desgraciado que entra al bar como a la muerte.

De este modo, o de cualquier otro modo, os he hecho acompañarme alrededor de algunos de los grandes vacíos de mí mismo. Os he dado, sin duda, lo que menos amaba, lo que vivía en mí como un pequeño océano pronto a desbordarse. Una flor sin nombre, una ola de extraño sonido, una bebida de largo delirio, o quizá si habéis tenido un sueño parecido a la menor o mayor de mis desapariciones a lo largo de la memoria. ¿Y qué cosa es el hombre vuelto de espaldas hacia este punto?

IMPRESO
en
SANTIAGO DE CHILE
en los talleres de la
IMPRENTA "EL ESFUERZO"
Eyzaguirre 1116

PRECIO: 4 PESOS

Imp. "El Esfuerzo", Eyzaguirre 1116.

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT
1990-92

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
000146722 13